

Studien zur
romanischen Sprachwissenschaft
und interkulturellen Kommunikation

HERAUSGEGEBEN VON GERD WOTJAK

Concepción Martínez Pasamar (ed.)

Estrategias argumentativas en el discurso periodístico

Band 63

Este volumen recoge diversos trabajos sobre el discurso periodístico realizados desde distintos enfoques. Los géneros que conforman el discurso público actual por excelencia constituyen un interesante objeto de estudio para disciplinas como la Retórica, la Teoría de los Géneros Periodísticos, el Análisis del Discurso, y otros ámbitos de la Lingüística. Siempre en relación con la argumentación – explícita e implícita – se abordan aquí figuras retóricas, aspectos de polifonía textual, elementos cohesivos y otros fenómenos que contribuyen a la carga apelativa y persuasiva de los textos periodísticos noticiosos, interpretativos y de opinión en español.

Concepción Martínez Pasamar es profesora de Lingüística en la Universidad de Navarra. Su labor investigadora y docente se ha desarrollado, entre otras áreas, en torno a la lengua de los medios de comunicación, el discurso académico y la irreflexión del texto.

www.peterlang.de

LANG C. Martínez Pasamar (ed.) · Estrategias argumentativas en el discurso periodístico 63

PETER LANG

Internationaler Verlag der Wissenschaften

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek
Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der
Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische
Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Índice

PRESENTACIÓN	7
Miguel Ángel Garrido Gallardo (CCHS/CSIC) Retórica y periodismo	11
Pilar Martínez-Costa (Universidad de Navarra) Estrategias argumentativas en el comentario radiofónico.....	31
Sira Hernández Corchete y Beatriz Gómez Baceiredo (Universidad de Navarra) <i>Fábula</i> y argumentación: la ficción como estrategia persuasiva en el discurso periodístico de opinión.....	51
Manuel Casado Velarde (Universidad de Navarra) Algunas estrategias para la desautorización del discurso ajeno en la prensa	69
Concepción Martínez Pasamar (Universidad de Navarra) <i>Donde dije digo digo Diego</i> : un recurso de desautorización en la prensa.....	87
Ramón González Ruiz (Universidad de Navarra) Gramática y discurso: nominalización y construcción discursiva en las noticias periodísticas.....	119
Carmen Llamas Saiz (Universidad de Navarra) Argumentación en la noticia periodística: el caso de la anáfora conceptual metafórica.....	147
Carmela Pérez Salazar (Universidad de Navarra) Estrategias focalizadoras en la prensa escrita. El caso de <i>máxime</i> e <i>inclusive</i>	171
Fernando López Pan (Universidad de Navarra) La oralidad fingida y la construcción de columnista como personaje. Dos estrategias para la construcción del <i>ethos</i> del columnista	193

Gedruckt auf alterungsbeständigem,
säurefreiem Papier.

ISSN 1436-1914
ISBN 978-3-631-59423-0

© Peter Lang GmbH
Internationaler Verlag der Wissenschaften
Frankfurt am Main 2010
Alle Rechte vorbehalten.

Das Werk einschließlich aller seiner Teile ist urheberrechtlich
geschützt. Jede Verwertung außerhalb der engen Grenzen des
Urheberrechtsgesetzes ist ohne Zustimmung des Verlages
unzulässig und strafbar. Das gilt insbesondere für
Vervielfältigungen, Übersetzungen, Mikroverfilmungen und die
Einspeicherung und Verarbeitung in elektronischen Systemen.

www.peterlang.de

LA ORALIDAD FINGIDA Y LA CONSTRUCCIÓN DE COLUMNISTA COMO
PERSONAJE. DOS ESTRATEGIAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL *ETHOS*
DEL COLUMNISTA

Fernando López Pan
Universidad de Navarra

1. El *ethos* de la columna: nuclear, formal y poético

La clasificación de los géneros periodísticos más convencional o paradigmática en el ámbito español, formulada por J. L. Martínez Albertos (1982), distingue entre géneros informativos, géneros interpretativos y géneros de opinión. Junto a ellos, pero fuera del campo periodístico, J. L. Martínez Albertos abre una categoría –el estilo ameno– para acoger aquellos textos literarios en esencia, aunque publicados en prensa. Los géneros informativos, especialmente la noticia, fueron los más estudiados durante años, también en el ámbito del Análisis del Discurso (T. A. Van Dijk 1996). Hasta 1990, con la aparición del libro de L. Santamaría *El comentario periodístico*, los géneros de opinión –como señalaba con extrañeza la propia autora– habían pasado como inadvertidos en el contexto de los estudios de Periodística. En cualquier caso, desde entonces han ido viendo la luz manuales sobre los géneros de opinión en conjunto (E. Armañanzas y J. Díaz Noci 1996; N. Abril Vargas 1999; L. Santamaría y M. J. Casals 2000; J. Cantavella y J. F. Serrano 2007); y muy especialmente sobre la columna, que es el de mayor tradición en España y el que se abordará en este capítulo del libro.

Las distintas aproximaciones que se han hecho a la columna como género periodístico –al margen de los estudios históricos (entre otros, cfr. T. León Gross, 1996; M. C. Seoane 2005 y 2008 y T. León Gross y B. Gómez Calderón, 2009), sus relaciones con la literatura (T. León Gross, 1996 y 2005 y A. López Hidalgo, 2005) y los consejos sobre cómo redactarla– han utilizado el instrumental analítico proporcionado por la Retórica (L. Santamaría 1990; F. López Pan 1995, 1996, 2005 y 2008; T. León Gros 1996 y 2005; A. López Hidalgo 1996, L. Santamaría y M. J. Casals 2000; M. J. Casals 2000, 2003 y 2004; B. Gómez Calderón 2004 y 2005), también entendida en el sentido perelmaniano

como tratado de la argumentación. Estas páginas se enmarcan en esa tradición que se pregunta por las estrategias discursivas, tanto las que buscan la adhesión del lector a las ideas propuestas, como las propias de la construcción de un tipo de texto tan prolífico en la prensa española (M. J. Casals 2004: 62). Más en concreto –y en el contexto de la tesis sostenida en otros lugares (F. López Pan 1995, 1996 y 2005) de que el *ethos* es el elemento configurador básico y la fuerza retórica predominante en la columna periodística– se mostrará cómo la oralidad –rasgo del *ethos formal*– y la aparición del autor como un personaje –es decir, el uso retórico del *ethos poético*– contribuyen a la construcción del *ethos* del columnista.

Antes de adentrarnos en esas cuestiones retóricas, y sin la pretensión de abordar la cuestión tipológica¹, quisiera hacer hincapié en la riqueza del género. El lector encontrará en el anexo que cierra este capítulo una selección de textos que ilustra acerca de esta riqueza y permite situar mejor la exposición de los epígrafes que siguen. Las siete columnas que ahí se reproducen (cfr. anexo) demuestran la variedad de temas, enfoques, objetivos, estilos y tonos que cabe en el género. Los textos se disponen en una gradación que va del polo más interpretativo o analítico al más literario, con un punto de inflexión marcado por la co-

¹ Ciertamente, la mayoría de los autores acepta la distinción entre dos grandes tipos de columnas: las de análisis y las de opinión, y dentro de estas, incluyen la personal o literaria (B. Gómez Calderón 2004), pero esa simplificación –necesaria e inevitable a efectos prácticos–, no pretende ocultar la exuberante variedad del género: las columnas «pueden ser más o menos literarias o comentaristas de actualidad, satíricas, interpretativas, explicativas, conjeturales y de rumor, ideológicas»; y en ellas «cabe el comentario del rumor, de la hipótesis y de la conjetura» (L. Nuñez Ladevéze 1995: 108). Y J. L. Martín Nogales señala que uno se puede encontrar en una columna con «textos de contenido político, planteados desde todas las ideologías, junto con comentarios sociológicos y artículos intimistas, y otros líricos, biográficos, costumbristas, sarcásticos o realistas» (1998: 20). Ante este panorama, se entiende que M. C. Fornes afirme que «la columna periodística desafía cualquier clasificación» (2003: 140), aunque, como es lógico, no falten propuestas.

Por ejemplo, E. Armañanzas y J. Díaz Noci, en consonancia con la clasificación tradicional de J. L. Martínez Albertos y L. Santamaría, hablan de la columna personal, la de humor, la política, la literaria, la de sociedad, la de economía, la de gastronomía... (1996: 129-133). Una clasificación novedosa es la que propone T. León Gross, que distingue estos cinco tipos: descriptivo-noticioso, descriptivo-valorativo, valorativo-expositivo, expositivo-especulativo y fantástico-construcción de imaginarios (1996: 180 y 181).

L. Santamaría, siguiendo a F. Fraser Bond, menciona hasta siete tipos de columnas: la editorial firmada, la estándar, la revoltillo, la de los colaboradores, la de ensayos, la de chismografía y la de orientación; a las que añade la columna personal (1990: 121 y 122). A. López Hidalgo matiza el valor de esa clasificación: afirma que algunas ya no se usan en nuestros días y, lo que es más importante, que «no se ajusta específicamente a las distintas estructuras que puede adoptar la columna» (1996: 152).

Otras clasificaciones en S. González Reyna (1991: 90-91), E. Morán Torres (1988: 170 y ss). M. C. Fornes (2003: 144-154), a su vez, propone más que una tipología cerrada una muestra variada de opciones: la carta, el texto narrativo de tipo anecdótico, la analogía, la parábola, la glosa erudita, el texto de homenaje y la ironía.

lumna número 4, densa en figuras retóricas, que versa sobre un acontecimiento de actualidad desde la perspectiva de alguien no experto en esas cuestiones (como se advierte fácilmente al contrastarlo con la columna número 3). Los cuatro últimos textos ejemplifican lo que se entiende por columna personal. Aunque el término es algo impreciso, subraya la libertad casi extrema de esos columnistas, libertad que se advierte ya en que definen el género². Por ejemplo, Vicente Verdú lo entiende como un «breve desarrollo de una emoción o una opinión. Siempre sale mejor si es una opinión emocionada». Y para Antonio Casado se trata de «un destello de imaginación, fresca, técnica. Siempre cosida al sello personal del autor».

Ese sello personal está ya en el origen de la idea³. Javier Marías explica que se inspira «a menudo –es así– en los propios cabreos con lo que se dice, se hace o sucede. Pero también procura uno cambiar de tonalidad de vez en cuando, o si no sería un permanente cascarrabias». Manuel Hidalgo dice que no se inspira en «nada. O sea, trabajar: observar, oír, hablar, leer y pensar». En definitiva, como dice Juan José Millás, «todo puede ser objeto de un cuento. La singularidad la pone la mirada del que escribe». Porque –escribe José María Romera– «una buena columna siempre arroja una mirada distinta sobre las cosas, les descubre otros perfiles».

Si en otros lugares he propuesto el *ethos* como la principal estrategia persuasiva de todo tipo de columnas –también, entre otras cosas, por la brevedad (T. Roksvold 2006) que impide el desarrollo cabal de una argumentación–; con más razón lo será en las columnas personales en las que el margen de libertad es tan amplio y la presencia del columnista tan marcada. «Los escritores –escribe E. Dafouz-Milne– necesitan crear un personaje textual creíble o ethos y desarrollar una actitud adecuada hacia sus lectores y las reclamaciones que presentan» (2008: 96).

² Todas las citas de los columnistas que aparecen en estos dos párrafos están tomadas de las entrevistas publicadas en la página de internet Sincolumna.com. La web de los periodistas sin columna, disponible en <http://www.sincolumna.com/>(VVAA), en la sección «Con columnas».

³ No es de extrañar, por tanto, que entre las recomendaciones que se dan a los principiantes esté la de enlazar los textos que escriben con sus propias experiencias o las de otras personas cercanas: «compartir algo de uno mismo con el lector es la manera de aproximar los asuntos distantes o más generales. J. F. Sánchez –que aún su condición de columnista con la de profesor de Redacción Periodística– sugiere (en conversación personal con el autor de estas páginas) preguntarse por *aquello que ha herido o tocado la sensibilidad del columnista*, que no será habitualmente algo extraordinario, algo fuera de lo común, algo grandioso, sino algo menudo, algo que está en el ordinario de la vida, algo que –si se sabe escuchar– se percibirá en el vivir cotidiano. Surgirán buenas ideas –prosigue Sánchez– de aquellas situaciones que sublevan, molestan, enfadan, alegran o emocionan al columnista».

Como es bien sabido, el *ethos* es la prueba retórica que se basa en el carácter del orador y en la credibilidad que éste despierta en los oyentes. Contrariamente a lo que pudiera parecer al profano en la materia, en el sistema retórico aristotélico, el *ethos* no es una prueba menor ni ocupa un segundo lugar tras la demostración lógica *-logos-* y por delante del *pathos*⁴; al contrario, es la más poderosa de las tres: «A las personas decentes – escribe Aristóteles en su *Retórica*– las creemos más y antes, y sobre cualquier cuestión, en general, y en las que no hay seguridad sino duda también y por completo» (1971, 13560a: 5-9). El filósofo griego explica al orador que suscitará la confianza de su audiencia si juzga rectamente, si dice lo que piensa y si mira con buenos ojos a su audiencia. Es decir, su credibilidad dependerá de que sea percibido como prudente – competente, inteligente y experto–, sincero –franco, abierto y con la fortaleza necesaria para hablar con claridad – y benevolente –amigo del auditorio, que no dudará de su intención⁵. He defendido que ese *ethos* aristotélico tiene una dimensión nuclear y otra formal, a las que se puede añadir una tercera: el uso retórico del *ethos poético* (F. López Pan 1996).

El *ethos* que se expresa a través de los valores y las preferencias ideológicas, morales, políticas, filosóficas, etc. es el que denominamos *ethos nuclear*, que opera a través de la elección de palabras (se habla del lenguaje cargado ideológicamente), a través de las máximas y sentencias, a través de lo que se presenta como bueno, conveniente, oportuno, loable (o por contraposición, lo que se muestra como deleznable, criticable, inconveniente, inoportuno, innecesario, etc.). Los valores, las ideas, las preferencias también se deducen de las premisas de los entimemas o silogismos retóricos utilizados, ya que esas premisas necesariamente han de ser compartidas por la audiencia a la que se dirige el discurso. Precisamente, en tanto que compartidas, la argumentación que se construye resulta verosímil y con frecuencia se suprime alguna de ellas porque el lector las aplica en sus razonamientos. Así, por ejemplo, un medio como *ABC* considerará como premisas la unidad de España o la conveniencia de la monarquía; mientras

⁴ Esta prueba retórica actúa sobre la emotividad de la audiencia, despierta en ella sentimientos. El orador suscita determinados estados de ánimo en la audiencia, que la lleva a juzgar de manera más dura o comprensiva a una persona, institución o acontecimiento. El *pathos* nunca aparece solo, aunque pueda tener un gran peso en algunas argumentaciones. Además, no es irracional, porque para despertar esos sentimientos se recurre a argumentaciones lógicas: para despertar miedo, odio, compasión, etc., hay que saber qué puede despertar esos sentimientos en la audiencia. De ahí que Aristóteles dedique una parte de su *Retórica* al estudio psicológico de las personas.

⁵ Esa credibilidad no está en el orador, sino en la mente de la audiencia. Por eso, varía según la audiencia y según avanza el discurso; es decir, hay una credibilidad que precede, que se debe tener en cuenta –y utilizar– cuando se habla ante un público; hay una credibilidad derivada de lo que decimos y hay una credibilidad como resultado del discurso, que acompañará al siguiente.

que otros como *Deia* darán por compartidas con sus lectores las premisas opuestas. También los ejemplos e ilustraciones, los modelos que se proponen, sirven de argumentación y expresan valores. Como lo hacen algunas de las columnas-relato como la número siete de la muestra, que se corresponde con lo que M. C. Fornes denomina columna-parábola (2003: 150).

Si se tiene presente que también las reacciones emocionales del orador/escritor ante los acontecimientos reflejan sus ideas y sus planteamientos vitales, se advierte que el *ethos* se genera también a través del *logos* y el *pathos*, y, de algún modo, las atraviesa.

A mi juicio, lo que denominamos *ethos nuclear* –ese haz ideológico que ilumina el punto de encuentro entre el autor y el lector, y que convierte al columnista en alguien atendible y fiable– coincide en buena medida con la categoría que M. J. Casals denomina *tematización e ideología* (2003: 80) –o *análisis ideológico* (2004: 13)– dentro de su modelo para el análisis de las columnas periodísticas (un modelo integral, completo y especialmente eficaz). Así, en el estudio que hace de Millás, describe en ese apartado su filosofía de la existencia, su actitud frente al gobierno del PP, su valoración del capitalismo, las ideologías y la democracia, su visión de la literatura y el oficio de escribir. Y M. Martín García (2004), que aplica el método de M. J. Casals al columnismo de Muñoz Molina, sintetiza dentro de la categoría *tematización e ideología* las ideas de este autor sobre asuntos como los sentimientos, el compromiso vital, el tiempo, la ideología, la historia, el terrorismo, la cultura, la educación y la política.

La importancia de que exista una sintonía estrecha entre el entorno ideológico de un columnista y el de sus lectores –entre el *ethos nuclear* de ambos– explica que las columnas apenas cambien opiniones, ni modifiquen perspectivas vitales y difícilmente atraigan hacia valores no compartidos de entrada. Así lo afirma un columnista con la trayectoria de J. L. Martín Prieto:

Un centenar de artículos machacando incansables un clavo caliente y cierto no modificarán una sola intención de voto. [...] La soledad del columnista de fondo reside en que sólo convence a los que ya vienen comulgando con lo que escribe. Será la zarpa de la depresión posada sobre mí pero tengo la certeza de que en mi breve etapa de columnista nunca lograré que alguien mudara de criterio. Tampoco es mala cosa. En caso de yerro, nadie podrá reprocharme nada (J. L. Martín Prieto «La soledad del columnista». *El Mundo*, 02/01/1997).

Otra periodista con años de experiencia, Isabel San Sebastián, subraya la misma idea, pero desde la perspectiva de los lectores: leemos a los columnistas «en muchos casos, también, porque anhelamos hallar argumentos que ratifiquen

nuestra opinión. De ahí que leamos más a quienes coinciden que a quienes discrepan con nuestros planteamientos»⁶.

La coincidencia ideológica lleva a que el articulismo se revele «como una excelente plataforma para el discurso epidíctico o demostrativo», y sea pródigo en recursos inventivos, más que probatorios (T. León Gross 1996). De ahí, la intensa presencia de un lenguaje figurado, cargado de metáforas, comparaciones, analogías y demás figuras retóricas, elementos que contribuyen al despliegue de lo que, precisamente, he denominado *ethos formal*. Esta dimensión del *ethos*, que engloba todos los aspectos estilísticos, guarda una estrecha relación con la categoría que M. J. Casals denomina *Retórica literaria* en su modelo de análisis (2003: 8 y 2004: 13).

Por último, el *ethos poético*, definido por Aristóteles en su *Poética*, consiste en la presentación del propio carácter en un discurso de modo análogo a como el orador introduce a los demás personajes/caracteres.

Aunque, frente al discurso poético, el discurso retórico se caracteriza porque los personajes de los que se habla son reales y no inventados –salvo en el caso de la *fábula* y la *parábola*–, parece evidente que el poeta y el orador se sirven de los mismos recursos para dárles encarnadura textual (F. López Pan 1996: 75).

En lo que sigue, me centraré en dos recursos al servicio de la construcción del *ethos* del columnista: por un lado, en la oralidad como elemento del *ethos* formal y, por otro, en la incorporación del columnista como personaje a sus columnas, uno de los posibles usos retóricos del *ethos poético*.

2. La oralidad como recurso del *ethos formal*

A. Mancera, autora de un certero y amplio análisis sobre la presencia de la oralidad en el columnismo español, señala que

el columnista de opinión se sirve de una serie de estrategias constructivas –como por ejemplo, distintos grados de planificación y elaboración sintáctica, o diversos tipos de progresión semántica–, que le permiten recrear en sus textos una cierta oralidad *fingida*, reflejo de una *pretendida* espontaneidad enunciativa⁷ (2009: 17).

⁶ Cita tomada de las entrevistas a la autora publicada en *Sincolumna.com* (VVAA); sección «Con columna».

⁷ Y añade A. Mancera: «Dicha oralidad *simulada* implica determinadas regulaciones pragmáticas del discurso, puesto que, en realidad, se trata de una transposición de un nivel de habla como es el coloquial a otro en el que las circunstancias comunicativas son muy diferentes. En consecuencia, la *mimesis de la oralidad* no se puede lograr nunca con autenticidad plena» (2009: 17).

Entre esas estrategias, menciona y describe la personalización del *yo*, el uso de la primera persona, la personalización del *tú*, la apelación directa a los lectores; todos ellos son recursos con los que muchos columnistas «imitan en su discurso las estrategias constructivas características de esa *conversación fingida* que diariamente mantienen con sus lectores», contribuyen a crear un clima, un entorno, una atmósfera de confianza, de familiaridad⁸, recrean «la situación de máxima proximidad comunicativa» (A. Mancera 2009: 17).

Un buen ejemplo de lo que esta autora llama la oralidad *fingida* se advierte en el estudio que M. J. Casals hace de la *elocutio* de Millás, que se caracteriza, entre otros rasgos, por la presencia del *yo* que apela frecuentemente al lector tratándole de *usted* (2003:117); el uso de expresiones que sirven de enlace entre párrafos: *y es que*⁹, *ahora bien*, *parece mentira*, *pues bien*, *pues la verdad es que* (2003: 118); el recurso a fórmulas del tipo: *Dios mío*, *Dios no lo quiera*, *como Dios manda*. También señala M. J. Casals cómo Millás no quiere pasar por un intelectual ni por un sesudo analista; de ahí que prefiera «el tú a tú con el lector (aunque le trate de usted), la palabra de la calle, la metáfora ingeniosa pero nunca lírica ni épica, es decir, huye de que se le identifique con un literato o un experto» (2003: 119).

La columnista Carmen Rigalt también recurre –como muestran F. Sánchez Gómez y E. Armañanzas– a las apelaciones al lector para «establecer la necesaria complicidad con los seguidores de sus columnas personales» (2009: 49). Y estos autores recogen, en el estudio que le dedican, abundantes ejemplos, de los que reproduciré aquí seis a modo de ilustración:

Llámenme pesada por repetirme, pero quien pega a su perro también es capaz de pegar a su madre [...] («Vivir y compadecerse», 05/03/2009).

Esta misma mañana (ayer para ustedes) las tertulias se desayunaban con la preocupación por la indumentaria de la ministra de Defensa en la Pascua militar («Religiones», 08/01/2009).

¿Y qué me dicen de las mudanzas? [...] («Las mudanzas», 09/03/2004).

Yo hago frecuentes excursiones al termostato cuando nadie me ve, es decir, cuando la contraparte está en la ducha. Lo subo un grado –que no salga de aquí: a veces dos [...] («Amor y calorías», 26/02/2009).

⁸ Y en cuanto que puede suscitar un cierto clima de benevolencia en los lectores podría acoger el elemento afectivo que Quintiliano y Cicerón atribuían al *ethos* como *affectus*.

⁹ Por cierto que critica el uso de *y es que*, por repetido y omnipresente en el lenguaje habitual (118). Pero, a mi juicio, eso es precisamente lo que convierte a este enlace en un recurso que refuerza la oralidad, el desenfadado y la despreocupación de lo coloquial.

Pero qué quieren que les diga: me da una pereza enorme [...] («Cuentos bárbaros», 07/02/2006).

Por su parte, M. F. García Álvarez se detiene a considerar y describir los rasgos de la coloquialidad desde otra interesante e inédita perspectiva: la de analizarlos como instrumentos para la construcción del *narratorio*, ese otro presente en el texto, «un interlocutor textual con el que el yo establece un diálogo interno para confirmar, discutir y debatir sus opiniones e ideas, y otorgar finalmente mayor fuerza retórica a la columna» (2007: 399). Un ejemplo de la presencia del *narratorio* a través de rasgos formales sería el uso de *tú/usted* o el de *mi querido lector*, que ejemplifica con este pasaje:

Recibo una carta. Viene de la Costa del Sol, de esas mismas playas de las que usted quizá cabe de llegar, las maletas aun abiertas y escupiendo toallas arenosas, ropa sucia y desgana. La carta, digo, está escrita por la empleada de un hotel estupendo. Se dedica a limpiar. Es una de esas mujeres que usted no vio, que nunca vemos (Rosa Montero, «Testimonio», *El País*, 05/09/1987).

Esa presencia del otro se expresa también —afirma M. F. García Álvarez— mediante las preguntas directas y las negaciones directas. También a través de las justificaciones, que sirven al columnista para pedir perdón por el tema que tratará «o por la manera en que expresa sus opiniones. [...] Da a entender que el narratorio está harto de leer u oír hablar sobre lo mismo o que se puede sentir ofendido por la manera en la que se defiende una idea» (2007: 410). Precisamente, un buen ejemplo de esto —y de las preguntas directas al lector— se advierte en esta columna:

Perdónenme, pero esta columna no va a tratar sobre el esperado principio del fin de ETA. En nuestra hispánica tendencia al manifiesto no hay columnista que parezca tener derecho a ser considerado como tal si no tiene en su haber su artículo sobre el Estatut, otro sobre la definición del Estado, el levantamiento de fosas, la II República, la memoria histórica, la transición, la república o la monarquía, la relación con el Islam, la paridad en los cargos públicos, el laicismo, el matrimonio gay, las células madre. Se diría que estamos frente a la pantalla del ordenador esperando a que la agenda política saque una bola del bombo, nos indique el tema y grite el consabido preparados, listos, ya. A partir de ahí nos ponemos todos a escribir. Claro está que esto es un deber para los analistas políticos de cada medio, pero la pregunta es, la pregunta que me hago a mí misma ahora: ¿Por qué todos los demás sentimos ese deber de expresar continuamente cuál es nuestra posición? (Elvira Lindo, «Manifiesto», *El País*, 29/03/2006).

E. Dafouz-Milne, en el contexto de una investigación sobre los marcadores interpersonales dentro de los artículos periodísticos de opinión, habla del *marcador comentario*, al que pertenecen los incisos y las preguntas retóricas (los más

numerosos); las apelaciones directas; el plural sociativo; las personalizaciones (*yo, a mí/mi*), que «en lugar de buscar la adhesión por identificación con la audiencia, buscan la adhesión mediante la expresión individual de sus posturas. Se trata de convencer al lector de que, como experto y conocedor del tema, sus planteamientos son los adecuados» (2006: 72). Aunque estos marcadores complementario tengan una menor presencia que otros (matizadores del discurso, marcadores de certeza, marcadores de atribución de la autoridad, marcadores expresivos) no dejan de cumplir esa función retórica señalada.

En otro de sus trabajos, E. Dafouz-Milne se propuso «descubrir cómo opera el metadiscursivo en cuanto mecanismo de persuasión en los textos», para lo que seleccionó un grupo de informantes que leyó 40 columnas de opinión (20 de *El País* y 20 de *The Times*), y lo sometió a una encuesta de la que se deduce «que la combinación los marcadores del discurso y los de actitud, junto con la inclusión de marcadores de certeza y personalizadores, contribuyen al desarrollo de una relación con el lector. Una relación que, en última instancia, puede convenecer o no, pero que es intrínsecamente persuasiva» (2008: 109).

Por cierto que, entre los marcadores que analiza, E. Dafouz-Milne incluye los matizadores del discurso, los cuales, al mitigar las opiniones y las afirmaciones, expresan una cierta cautela que tiene un innegable efecto retórico (2006: 80): revestir al columnista de una imagen de hombre juicioso y moderado, imagen que se puede reforzar en la medida en que se introduce como personaje, como se verá en § 3.

3. El columnista como personaje o acerca del uso retórico del *ethos poético*

Larra, el iniciador de la tradición del artículismo periodístico en España, recurrió de modo habitual a la creación de un personaje, que era su otro yo en el texto. En realidad, Larra se hace personaje a través de cada uno de sus pseudónimos: *El duende*, *Ramón de Arriala*, *El pobrecito hablador*, *Bachiller Juan Pérez de Munguía*, *Andrés Niporezas*, *Figaro* son el propio Larra por personaje interpuesto. Por ejemplo, en su conocido *El castellano viejo* entra como

un *Pobrecito* sabedor de sus defectos y al que le ocurren frecuentes desgracias. Se atrae así la simpatía y la solidaridad de unos lectores escaldados por lo preciso de la crítica, y desvela su modo de trabajar como periodista, una constante en su obra (es habitual encontrarse en sus textos frases del tipo «Andábase por esas calles a buscar materiales para mis artículos...») (B. Gómez Baccaredo y F. López Pan, en prensa).

La aparición del articulista a través de un personaje interpuesto no es habitual en la prensa española, aunque no faltan ejemplos como este:

Este articulista entró en el teatro sin pagar y se salió en el descanso, opinó de películas que no había visto, supo de qué iban novelas que nunca leería y valoró a ojo el mercado del arte nacional. En un programa de televisión, al que acudí después de una tertulia de radio, opiné sin miedo a equivocarme sobre el cultivo de la seta en zonas de secano y también del tamaño medio del pene de los esquimales tras una ducha fría. Elena Ochoa me llamó para preguntarme tres o cuatro cosas que ignoraba sobre el sexo y la pareja y Umbral antes de poner un adjetivo era raro que no me diera un telefonazo. Si esto no era la felicidad que venga Dios y lo vea.

Cómo podía pensar que por el mero hecho de tener firma en un periódico iba a verme imbuido de buenas a primeras por la sabiduría universal, vamos, es como si te descalabran con la piedra filosofal. Así que en eso consistía el secreto. Entonces supe que había sido marcado por el destino, como todos los articulistas del mundo -unos. Y que sólo cabía dedicar esta serie de páginas a explicar a la gente lo que hay después de la muerte, la existencia o no de Dios, la creación del universo» (David Trueba, «Primer día», *La Revista de El Mundo*, 12/01/1997).

Obviamente, el autorretrato está cargado de una evidente ironía: esboza precisamente lo que Trueba quiere evitar. Pero la ironía, le permite, a través de una vía indirecta, traer a un primer plano ciertos rasgos que, dichos expresa y explícitamente, correrían el riesgo de ser vistos como una muestra de exhibicionismo y como una fatua declaración de principios.

Más allá de esa invención de personajes, el columnista también puede convertirse a sí mismo -y como tal columnista- en personaje de sus textos¹⁰. De ese modo, incita a que el lector le atribuya rasgos de carácter que apuntalen su credibilidad, y sin caer en la jactancia. Veamos algunos ejemplos que en los que el *ethos* del autor aparece reforzado.

Costumbres e intimidades del columnista como refuerzo de la confidencialidad

La atmósfera de confianza y cercanía afectiva que despierta la oralidad se fortalece cuando el columnista revela aspectos de su intimidad y costumbres domésticas, como suele hacer Rigalt, que «no tiene que dar ante los lectores -afirman F. Sánchez Gómez y E. Armañanzas- una imagen intachable, sino la de una persona cercana, con sus debilidades y fortalezas y, por ello, creíble» (2009: 47); lo que consigue «a través de confidencias sobre los avatares de su vida cotidiana, su preocupación por la salud, el hablarnos de sus amigos o de sus mascotas, mostrarnos la intimidad de su hogar, la de las tareas domésticas o, incluso,

¹⁰ M. Dascal, en una reactualización del *ethos* aristotélico desde una perspectiva pragmático-retórica, distingue entre *ethos tematizado*, que forma parte del contenido proposicional -tema- del discurso y el no tematizado que «es establecido sin ser mencionado» (1999: 64). A través de la aparición como personaje el columnista puede recurrir a ambos: puede afirmar explícitamente rasgos de credibilidad o puede dejar que sea el lector quien los deduzca de sus relatos.

su relación con los electrodomésticos» (2009). Y lo ejemplifican con numerosos pasajes, entre los que selecciono estos cinco:

Un día a la semana, generalmente el sábado, me entrego a una actividad terapéutica. Por ejemplo: ver la tele debajo de una manita. Me gusta mucho. Tanto me gusta que a veces hasta me duermo («Somos unos mansos», 12/03/2009).

En mi casa, como en casi todas, hay una bolsa donde se guardan los calcetines desaparejados («El misterio de los calcetines desaparejados», 06/09/2005).

Somos, pues, una familia tradicional que hace cosas tradicionales, como organizar un concurso para poner nombre a un perro («Tradiciones», 05/01/2009).

Vivo en una casa que no es domótica ni inteligente, de lo cual me alegro, pues para dirigir una casa de características tan peculiares hay que ser, cuando menos, ingeniero, o lo que antes llamaban perrito. Me considero incapaz de descifrar el sistema de alarma, detectar una anomalía en el lavavajillas o poner en hora los relojes de los pulpos electrodomésticos (cuando se adelanta o se atrasa el horario, en casa hacemos horas extraordinarias). Todo lo que va más allá de ordenar un cajón me parece trigonometría («El calcetín», 28/04/2008).

Otro par de ejemplos, de Muñoz Molina en este caso:

Durante dos horas, una mañana de mayo, me he paseado por la tercera planta del Museo Reina Sofía en un estado de solitaria y atenta felicidad. Me gusta subir en esos ascensores de cristal que van descubriendo las hermosas perspectivas meridionales de Madrid, el rojo de los tejados populares, la bóveda magnífica de la estación de Atocha, el bronce enfático de los caballos alados sobre el Ministerio de Agricultura, las arboledas del jardín Botánico, la llanura azulada en la lejanía (Muñoz Molina, «Dos pintores», recogido en *La vida por delante*, 2002: 60).

No hay país más raro y lejano que la casa de un desconocido, la intimidad doméstica que sucede tras una puerta cerrada. La casa de un amigo es para nosotros como la prolongación de su carácter, y reconocemos en ella sus libros, sus cuadros y sus muebles, igual que reconocemos en su cara los rasgos seguros del afecto. Y sin embargo, la casa de un amigo puede tener fronteras de oscuridad, regiones en las que, sin estar prohibidas, preferimos no aventurarnos (Muñoz Molina, «Huésped de otras vidas», recogido en *La vida por delante*, 2002: 115).

También el modo de trabajar forma parte de esas confidencias del columnista:

Hay que tener un cuaderno, hay que llevarlo siempre a mano, en el bolsillo, en la bolsa de viaje, como se lleva un salvoconducto, hay que saber elegirlo, pero todavía hace más falta la buena suerte de encontrarlo (Muñoz Molina, «Cuaderno en blanco», recogido en *La vida por delante*, 2002: 18).

Hace nueve años escribí que Ana Botella es un chorro de votos para el pp. La gente la quiere por su sencillez, su simpatía, las manos incesantes, algunas confusas heridas.

Es una mujer de nuestro tiempo, abnegada y solidaria, que sufre con el dolor de los demás. Durante el próximo otoño, Alberto Ruiz-Gallardón se incorporará a la política nacional y Ana Botella se convertirá en alcaldesa de Madrid.

Por cierto, carezco de la menor información sobre lo que afirmo en este artículo. Se trata de una especulación. Como tengo hoy el día un poco cabrón en lugar de tirar de agenda y llamar a unos y a otros para sacar verdad de las mentiras que me cuentan¹¹, me he decidido a especular, que las ensufiaciones, de vez en cuando, le vienen bien a las lectoras de *El Mundo* y no digamos a los equipos que rodean y amparan a Alberto Ruiz-Gallardón (Anson, «En otoño, Ana Botella, alcaldesa de Madrid», *El Mundo*, 28.04.09).

Experiencia profesional y contactos. Competencia

En algunos casos, el columnista procura hacer saber a los lectores que están ante alguien competente, con experiencia, con contactos, con autoridad concedida por otros. Cuanto más periodística sea la columna, más relevancia tendrán esas alusiones al pasado. Reproduzco algunos ejemplos¹² de columnas recientes de J. L. Martín Prieto:

Cuando Dios repartió la inteligencia, Alberto Saiz estaba haciendo pis. Los secretos de los espías los desvelan otros espías y tengo un *anecdotario de agentes de nuestros servicios secretos viniendo a mi casa a contarme confidencias de sus jefes*. Bisutería periodística pero suficiente para roerle la peana al todopoderoso número uno. Las cosas subieron de tono durante las semanas previas al golpe de Estado del 23-F. Un oficial demócrata del entonces CESID violentó su disciplina por razones mayores y conectó conmigo ilustrándome que en sede de los espías se conspiraba abiertamente contra el régimen constitucional y me alertó sobre el misterioso comandante José Luis Cortina protagonista de aquella asonada. Como aquello era más que una noticia redacté un informe sobre mis reuniones y lo pasé a mi director, Juan Luis Cebrían, quien lo tiró a la papelera reputándome de novelero. Al consejero delegado de Prisa acabarán nombrándole director del CNI (J.L. Martín Prieto, «El espía de las patatas», *El Mundo*, 22/06/2009).

¹¹ «¿En qué se inspira para elegir tema?», le preguntan a Anson en la web *sincolumna.com*, y responde: «En lo que me dicta la actualidad. Unas veces es algo que ha visto uno en la televisión, escuchado en el radio, algo que ha leído en un periódico extranjero. Naturalmente lo mejor es cuando alguien ha tenido una comida o una cena y ha recibido una información cualificada que le permite dar una interpretación de lo que va a ocurrir que va un poco más allá de lo que la gente sabe. Ese es el ideal. Por eso yo sigo asistiendo a mucho almuerzo, a mucha cena, que se habla off the record, pero que sirve como background para luego interpretar un poco lo que va a pasar o cómo va a ocurrir. Y no hay muchos días de sequía. Yo tengo una vertiente que tienen pocos columnistas, que es la vertiente cultural. Hago muchos textos sobre libros de poesía, de ensayo y como me paso la vida leyendo siempre tengo motivo en algún libro cuando faltan noticias muy interesantes del día. Y además eso lo agradece muchísimo el lector, porque le sirve un poco de guía para ver lo que tiene que comprar».

¹² Con la cursiva, que es mía, se indica en qué frase o frases aparecen los rasgos que ejemplifican el rasgo.

Con Felipe González desayunábamos en la terraza de la Embajada española en Buenos Aires y al exponerle la caótica situación, el entonces presidente propugnó para el país una economía de guerra sin especificar cómo se hacía tal cosa en un país democrático (aunque fuera una democracia de bajísima intensidad) y anunció su propósito de enviar un par de semanas a Miguel Boyer para que aportara sus brillantes ideas. Como era de esperar, todo quedó en nada. La economía continuó destruyéndose y los precios de las cosas no subían por días ni por meses sino por horas, tal era así que se abrió la fuente de empleo de «los remarcadores», que constantemente cambiaban las etiquetas de los precios. Si eras un buen cliente, el encargado te avisaba de que compraras tal producto porque en 15 minutos aumentaba (J.L. Martín Prieto, «Bajo inflación, bajo deflación», *El Mundo*, 02/02/2009).

Y algunos otros de Anson:

Conoci en enero de 1967, cuando carecía de la celebridad que adquirió posteriormente, a Teresa de Calcuta. Pasé un día con ella visitando sus hangares para enfermos terminales. Escuché con atención lo que me decía. Fue una lección de quien sabía mejor que nadie en qué consisten las tierras duras del hambre, el mundo de los desfavorecidos profundos. Supe que estaba hablando con una santa. Y así lo escribí (Anson, «La Iglesia y el sida», *El Mundo*, 02/04/2009).

No se trata de una especulación. Ahmadineyad lo anunció públicamente: «Hay que borrar del mapa al Estado de Israel». Ayer, probó sus misiles de largo alcance, capaces de hacer blanco exacto en cualquier ciudad hebrea. Si el presidente fundamentalista dispusiera de puntas atómicas, podría destruir el entero Estado israelí en unas horas.

Y claro, Netanyahu ha advertido que está dispuesto a bombardear de forma preventiva las instalaciones atómicas de Irán de la misma forma que en junio de 1981, antes de la guerra del Golfo, los aviones judíos arrasaron las instalaciones atómicas de Saddam Hussein, el reactor de Osirak. La gente ha olvidado aquella acción fulminante y crucial.

Recordaré siempre lo que escuché a Moshe Dayan, en una conferencia de Prensa en Jerusalén, tras la victoria en la guerra de los Seis Días: «Jamás permitiremos que en el entorno de Israel haya un Estado islámico con mayor potencia militar que la nuestra». La verdad es que los judíos han cumplido a rajatabla este aserto (Anson, «Irán, problema cardinal del mundo», *El Mundo*, 29/09/2009).

He visitado Honduras en una docena de ocasiones. Recorri despaciosamente las ruinas de Copán y me asombré ante la pirámide de los jeroglíficos. Estuve en la colosal fortaleza de San Fernando de Omoa. Visité San Pedro Sula, La Ceiba, Choluteca... Acompañé a Don Juan de Borbón en 1980 en el viaje que, en nombre de su hijo Don Juan Carlos, realizó a Honduras para inaugurar en Tegucigalpa, el Cerro de Plata indígena, una gran estatua en honor de Alfonso XIII, el rey que ejerció arbitraje decisivo en aquellas tierras, reparando de alguna manera la cabronada histórica de sus antepasados, al asesinar a Lempira, el caudillo de los lenecas. Recuerdo que el presidente de Honduras era un coronel llamado Policarpo Paz que nos ofreció una cena en la residencia presidencial y no abrió la boca en toda la noche, salvo para zamparse la suculenta baleada, bien regada de chicha. Don Juan le lidió con ambas manos. Vivía aún Alburquerque, que se reía por lo bajo pero a mandíbula batiente, y creo recordar

que estuvieron con nosotros la Infanta Margarita y el discreto e inteligente Carlos Zurita (Anson, «Golpe atroz», *El Mundo*, 30/06/2009).

Parte del peso de un periodista es su agenda de contactos, por eso, no es infrecuente que el autor trate de consolidar su competencia mostrando la variedad y relevancia de las personas con las que se relaciona, que lógicamente dependerán del ámbito en el que se mueve. Muñoz Molina hablará de sus contactos con escritores, como en este caso:

*Era el anciano más erguido, el caballero más pulcro que yo he encontrado en mi vida. Antes de oírle hablar en español se le habría tomado por un modelo de eso que se llama o se llamaba gentleman, un caballero británico, pero basta escucharle su acento argentino para comprobar una vez más que los más acabados ejemplos de caballero británico se encuentran o en las películas o en Buenos Aires, pero casi nunca en Inglaterra. En Inglaterra, la austera elegancia de Bioy Casares yo sólo la he visto en los escaparates de alguna sastrería exclusiva. Y tampoco he visto muchos ingleses que parecieran tan ingleses como él: los ojos muy claros, el pelo no blanco, sino de un color paja, como de haber sido rubio; la osamenta magnífica, como las manos; la frente alta; la quijada energética; la nariz aguilenta, pero no picuda, y unas arrugas verticales y espléndidas que resaltaban su sonrisa de galán antiguo, de galán que sigue desplegando los hábitos de la seducción con el brillo excesivo de la dentadura postiza (Muñoz Molina, «Un recuerdo de Bioy», recogido en *La vida por delante*, 2002: 132).*

Mientras que Anson o Martín Prieto lo harán de sus relaciones y su proximidad a personajes de la vida política:

En una de esas cenas de gala en Palacio donde son obligadas las conversaciones banales *mi comensal Miguel Blesa, presidente de Caja Madrid, me comentaba jugando con la cubertería que en un armario blindado de su entidad habían encontrado unas cucharas de plata maciza con el escudo real. Se supone que durante la II República alguien las hurtó empuñándolas en el Monte de Piedad. Blesa las devolvió al Patrimonio con un tarjetón. Buen funcionario (J. L. Martín Prieto, «Las maravillas de Caja Madrid», *El Mundo*, 16/02/2009).*

*Recuerdo que en un desayuno mano a mano con Zapatero hablamos de Gamoneda, que es uno de los poetas grandes de la lírica española actual. Cuando llegó la Navidad, el regalo que se envió desde Moncloa era *Esta luz*, una antología certera de los poemas de Gamoneda. Un buen detalle, la verdad. [...] *Una tarde, en la Real Academia Española, Zapatero y yo hicimos un aparte y hablamos de un asunto, a mi manera de ver, de especial interés. En Madrid hay un palacio de deportes, un palacio de congresos, un palacio de la música, un palacio de la prensa, pero no un palacio del idioma, es decir, un edificio en el que las 22 Academias de la Lengua Española dispongan de despachos, secretarías, sala de reuniones, salón de actos. [...] *Le propuse al presidente que el Palacio del Idioma español se instalara en el Casón, contiguo al edificio de la Real Academia Española. Ahora es una dependencia del Museo del Prado, que podría trasladarse al Museo del Ejército (Anson, «Zapatero en la cultura», *El Mundo*, 29/01/2009).***

Se van a distribuir no menos de 200.000 ejemplares de lo que se llama ya el bebé-Aído. Me parece una excelente idea que abrirá los ojos a muchos, tal vez a la propia *Bibiana, a la que vi el otro día en la estupenda cena de Paloma Segrelles y me pareció como siempre una persona encantadora (Anson, «El 'bebé-Aído'», *El Mundo*, 21/07/2009).*

Agobiado de éxitos y contratos, reverenciado por las generaciones nuevas, construyó el milagro de Telecinco. Organizó el canal, lo instaló en el éxito y en el beneficio económico y contempló sin una palabra de reproche cómo los mediocres le desplazaban y sustitúan. Pocos sabían que tenía larga la mano de influencia europea. *Una tarde vino a mi despacho del ABC verdadero con Silvio Berlusconi. Estuvimos un par de horas conversando. Silvio y Valerio se comportaban como compañeros y amigos, más lenguaraz el magnate, más cauteloso el profesional. Era Lazarov un hombre independiente, si bien cercano ideológicamente en algunos aspectos al Partido Popular. La cretinez intelectual de muchos dirigentes de esa agrupación le excluyó de contratos y atenciones. Era igual. Valerio se abrió paso con su esfuerzo y su trabajo contra la mezquindad y la estolidez. Y hasta el final cosechó, en España y fuera de España, éxitos y triunfos (Anson, «¿Por quién doblan las antenas, Valerio Lazarov?», *El Mundo*, 13/08/2009).*

Los ejemplos se podrían multiplicar, pero concluiré el capítulo con una columna narrativa de tipo anecdótico en la que mostraré cómo un autor construye su ethos. Al recrear un diálogo y estar escrita en segunda persona —lo que deja en el lector la impresión de asistir como espectador a una conversación íntima—, aparece saturada de coloquialidad y presenta a dos personajes: Gala y su amigo. De este modo, en el artículo la oralidad fingida —rasgo del ethos formal— y el ethos poético cooperan en la construcción del ethos de Antonio Gala como sujeto textual.

4. Análisis de un caso: «Un hombre moderno», de Antonio Gala

Para facilitar el seguimiento de las observaciones, he optado por un cuadro en el que en paralelo a los párrafos del texto avanzan los comentarios y observaciones.

Una advertencia previa. En todo texto, nos encontramos con un *autor implícito* que no necesariamente coincide con el autor en carne y hueso en cuanto a ideas y preferencias. Ese autor implícito puede diferir del real, puede ser una máscara, una careta; y, en cualquier caso, un personaje construido que se parecerá más o menos al real (A. Grohmann 2006). Y digo esto porque los comentarios y observaciones que haré a continuación se refieren al Antonio Gala textual, y sólo a él. En ningún caso pretendo describir Antonio Gala como persona.

<p>Cabecera de la columna: A quien conmigo va <i>Un hombre moderno</i> <i>Antonio Gala, Suplemento El País, 1991</i></p> <p>Tu casa, quizá excesiva de arquitectura y tamaño, está en una luminosa ciudad andaluza. «El espacio es el único verdadero lujo que nos queda. Ya todo el mundo tiene de todo...», me dijiste al llegar. «El lujo es poseer lo escaso, ¿no es cierto?—te sonrei indagando tu reacción—: lo que los demás no tienen». «Claro, ¿qué, si no?». En el salón vi una alfombra desmesurada, junto a otras menores. «¿De dónde vienen? Esta parece una bujara; pero los dibujos caucasiánicos de aquella no se corresponden con su textura». No las mirabas: «No sé ni una palabra del tema. Las ha puestas la decoradora. Si quieres, se lo pregunto a ella.» Fuiste hacia un extraño teléfono. «Déjalo. Era una simple curiosidad». Pisaste un timbre y vino un mozo al que pedimos algo. «Mi mujer fue al golf. Hoy estoy solo: por eso te invité. Tenía gana de recordar los viejos tiempos». «¿Y tus hijos?». «Quién sabe. La mayor, en Pennsylvania, casada con un ingeniero de sonido americano». «Americano, ¿el ahí montando a caballo. La verdad es que la veo poco». «¿No tienes un hijo?». «Sí; tenía. A ése lo veo menos. Y lo prefiero así». Hiciste un ademán que evitaba dar más explicaciones. «Drugadictos», pensé sin saber por qué. «¿Quieres que ponga música?». «Si prefieres que hablemos, casi es mejor dejarlo». «Hombre, podemos hablar mientras oímos a Mozart, por ejemplo. Ya que es el centenario...». «¿De su nacimiento, o de su muerte?». Dudaste. Mozart era un pretexto traído por los pelos. «Lo que importa es su música», respondiste con cierto aire de reto.</p> <p>Cuando estudiamos juntos allí, la Universidad de Sevilla era familiar y bien dotada. Había en ella un flujo y un reflujo: recíprocamente nos configurábamos. Tú y yo salíamos con frecuencia del Colegio Mayor —a mí me expulsaron enseñando— a un club de cine, al poco teatro que aparecía, a las exposiciones y conciertos. Escribías poemas no muy buenos, aunque sí apasionados. Me los leías despacio, y acechabas en mi expresión su efecto. Luego me los dabas para una revista que yo había fundado con compañeros de otra facultad, y que apenas duró más de seis números.</p>	<p>COMENTARIOS G: Antonio Gala // A: Amigo</p> <p>A: Busca la distinción.</p> <p>G: Sabe preguntar para hacerse cargo de las reacciones de los demás.</p> <p>G: Es un hombre cultivado, con ciertos conocimientos de estética y de alfombras.</p> <p>A: deja que sean otros los que le hacen las cosas.</p> <p>G: Se acuerda de las cosas de los otros.</p> <p>A: apenas sabe cosas de sus hijos.</p> <p>G: Es simpático: sabe hacer gracias, y llevar una conversación.</p> <p>G: No necesita que la conversación se aclimate.</p> <p>G: Sabe de música y ha escuchado a Mozart, al menos lo que todo hombre culto ha escuchado.</p> <p>A: No sabe de música, y le inquieta el silencio: busca llenarlo con sonido de fondo.</p> <p>Coincidieron como estudiantes</p> <p>G: Como estudiante, era un rebelde al que atraían las múltiples manifestaciones culturales (teatro, cine, música...).</p> <p>G: Es considerado por A una fuente de autoridad. La autoridad se la concede el otro.</p> <p>A: Considera a G una autoridad</p> <p>G: Hombre emprendedor, un poco iluso.</p>	<p>G: Demuestra otra vez que sabe de música: no suena Mozart; suena Brahms, y además identifica la pieza.</p> <p>Amigo: Queda claro que no sabe de música, pero sí de ingeniería de sonido: buscaba el tono justo.</p> <p>A: No sabe preguntar</p> <p>G: es el amigo el que le atribuye la rebeldía y el atractivo que sienten los</p>
<p>pero no los colecciono); lo de mis perros. «Por cierto: ¿De qué raza son?». «Téckels de pelo largo». «Ah, sí: como los de la reina de Inglaterra». «¿Seguro?». «También era Zoilo de esa raza, ¿no?». «Sí; Troylo.»</p> <p>Me mostraste tu reino. Habitaciones tan soleadas como no vividas. Televisiones de pantalla espectacular: «Aquí la vemos poco. No dan más que memeces. Si no fuese por la parábola...». Cuadros desconcertados: «Gente joven, ¿sabes? De esa que de pronto da una sorpresa y se cotiza al mil por uno». Un mobiliario, mezcla de incómodas y atrévidas —no sé con qué motivo— creaciones del llamado diseño con algún nieto, no muy legítimo, de algún noble inglés. En tu despacho —¿o era la biblioteca?—, hileras de libros de bella encuadernación. Me imaron. «Los compré en un anticuario. Eran de un agregado finlandés. Los míos de verdad están arriba». No sé dónde era arriba, ni qué querías decir; no fuiste más explícito. En un rincón creí ver un mostrador de informática y un escarapate de vídeos y cámaras. «No me sirven para nada. No tengo tiempo. Están por si alguien viene...». «¿Quién?». «No sé. Alguien que sepa usarlos».</p> <p>Me asomé a un ventanal, y vi unos hermosos macizos de plumbago, durillos en flor, un arriate con jacintos, narcisos y alhelios. «¿Te gusta la jardinería?». «Sí», dijiste. «Los jacintos azules se te dan muy bien». «Sí», dijiste mirando los alhelios; «pero no me ocupo yo. Hay un jardinero». «¿Los fines de semana quizá?». «No; no los solemos quedarnos. Tengo una avioneta. Es que ahora he comprado una finca por La Rioja. Hay que tocar la tierra, no sé cómo decirte. Pienso hacerme con una bodega pequeña, muy para amigos. Dentro de cuatro años podrá ser un negocio fabuloso, ¿comprendes?». Lo que no comprendía es qué pintaba yo allí, después de entrever lo que pintabas tú. «¿Estás contento?». «No me puedo quejar». «¿No echas nada de menos?». «Un poco más de tiempo para descansar, ¿qué quieres que te diga?». «No escribes ya versos?». «No, hombre: eso lo dejo para ti, para los profesionales. Cada cual a lo suyo». «Y lo tuyo, ¿qué es?». Me miraste con tanto asombro que sentí casi miedo, no sé si por ti o por mí. «¿No conservas los poemas que te publicamos?». Te echaste a reír: «¿Aquellos pecados de juventud? Qué disparate». Y después de una pausa: «Sí, creo que estarán en algún sitio...».</p> <p>En el garaje había tres coches. Tu chófer me devolvió a mi casa. No se puede negar que eres un hombre moderno, amigo mío. Acaso un poquito más moderno que hombre.</p>	<p>demás por él Gala: sabe de perros, mientras que el amigo no: no distingue unas razas de otras.</p> <p>G: sabe de diseño y de arte</p> <p>G: le encantan los libros</p> <p>A: escaso de tiempo</p> <p>G: sabe de flores</p> <p>A: no sabe de jardinería</p> <p>G: sabe cuándo le quieren engañar</p> <p>A: convierte el dinero en lo más importante</p> <p>G: pregunta las cosas esenciales («Y lo tuyo, ¿qué es?»)</p>	<p>La tesis del artículo parece clara y compartida: lo propio de la condición humana no es el tener y el poseer, sino el ser. Quizá el hombre moderno esté centrado en lo secundario y se pierda lo esencial. Y la argumentación se cons-</p>

truye por la oposición de dos personajes: el amigo, prototipo del hombre moderno, que palidece ante Gala, el ejemplo del hombre de verdad, el que atende a lo decisivo. Lo que caracteriza al hombre moderno/amigo y al hombre auténtico/Gala se deduce del diálogo: preguntas, respuestas, silencios, etc.; pero no de un modo directo: es el lector quien conceptualiza en su fuero interno las características de los dos personajes. Gala se revela –pero él nunca lo dice expresamente– como una persona culta –sabe de música, de flores, de arte, de literatura–, un buen conversador, alguien inteligente, que pone el dinero y el bienestar en un segundo plano. Por contraste, el amigo de Gala se vuelca en los negocios, persigue el dinero, se rodea de comodidades y avances tecnológicos, pero es ignorante, vive desencantado, sin ilusiones, y con unos lazos afectivos –también los familiares– muy frágiles. El amigo representa lo que podríamos definir como el *antiethos*, que da realce al *ethos*¹³ de Gala, con el que es fácil predecir que se identificará un buen número de lectores. Para debilitar una argumentación como la de esta columna habría que salirse del texto, aportar elementos que no aparecen en él; por ejemplo, ¿hasta qué punto el hombre culto es el que mejor representa la condición humana?, ¿la calidad humana de alguien no dependerá de la calidad y la fiabilidad de sus vínculos afectivos? y, desde esa perspectiva, ¿cuál es la diferencia entre ambos personajes? Pero abordar estas cuestiones supondría salir del mundo del texto y adentrarse en el de la vida.

Anexo

COLUMNA 1: Columna de análisis, que aporta una amplia perspectiva histórica (sobre las relaciones entre USA y el golfo pérsico).

El sha Reza Pahlevi de Irán fue el gendarme perfecto. Era anticomunista hasta la médula, pretendía organizar un ejército poderoso y además le debía a Estados Unidos el haber salvado su régimen en 1953, cuando un golpe organizado por la CIA derrocó al primer ministro Mohamed Mossadéq, un nacionalista que pretendió nacionalizar el petróleo iraní. El hecho de que Irán, país no árabe, fuera vecino de Irak y que el Sha mantuviera buenas relaciones con Israel hicieron de su candidatura la mejor de las posibles. Arabia Saudí posee las mayores reservas petrolíferas conocidas y es el guardián de los dos lugares más sagrados del Islam (La Meca y Medina), pero su debilidad demográfica y militar siempre le ha restado fuerza. Por eso, cuando la Administración Nixon elaboró la doctrina de los dos pilares para el golfo Pérsico, el segundo punto de apoyo fue Irán.

¹³ Obviamente, el *ethos* de un autor se va configurando –se enriquece y matiza– en las sucesivas columnas.

La doctrina de los dos pilares comenzó a padecer una cojera insuperable en febrero de 1979, cuando la revolución teocrática chii del ayatolá Jomeini borró con un golpe de Corán el régimen del Sha. El repentino derrumbamiento de uno de los dos pilares proestadounidenses supuso la ruina de una estrategia pacientemente puesta en práctica durante un decenio. El gendarme se convirtió entonces en un quebradero de cabeza.

Irán ha conseguido influir en los últimos años en Líbano, donde Hizbullah resistió con éxito la ofensiva israelí en el verano del 2006, y en Gaza, donde en junio del 2007 Al Fatah fue expulsado por Hamas, otro aliado de Teherán. Egipto y Jordania temen que Irán les haga sombra en la región, en tanto que las petromonarquías del Pérsico –suníes que gobiernan un número considerable de chiees– están preocupadas, como Occidente, por el programa nuclear iraní.

Teherán se ha beneficiado de las guerras de Afganistán e Irak, ya que las derrotas de los talibanes y del régimen de Sadam Husein han significado la eliminación de dos baluartes contra la influencia iraní. Pero donde el poder iraní resulta más evidente es en Irak, cuyos numerosos dirigentes fueron aliados de Teherán contra Sadam. Y la influencia no sólo es política, sino económica.

Desde el 2003, cuando empezó la ocupación estadounidense de Irak, los intercambios comerciales entre los dos países se han multiplicado por diez. Un banco iraní abrió sus puertas en Bagdad en julio del 2007. Parte de la electricidad y combustible que consumen las ciudades iraquíes, como ocurre en Basora y en el Kurdistán, procede de Irán. Materiales de construcción, alimentos y aparatos de aire acondicionado son transportados de Teherán a Bagdad. Y miles de automóviles Peugeot fabricados en Irán circulan por las calles iraquíes desde el 2005. Irán, el antiguo gendarme, es ahora un pilar antiamericano. Bush lo incluyó en el eje del mal, Obama quiere saber hasta dónde puede llegar la diplomacia. (X. Batalla, «Doctrinas americanas». *La Vanguardia*, 22/03/2009).

COLUMNA 2:

 Interpretación de una situación.

En contra de una impresión primera muy extendida, algunos medios bien informados creen que las decisiones tomadas el domingo por el Parlamento cubano –de hecho por Raúl Castro– no bloquean necesariamente el proceso reformista y sólo significa el primer movimiento del nuevo líder.

El apalancamiento del poder político por el grupo de dirigentes que ya estaban a cargo – todos miembros de la dirección del Partido Comunista– es menos relevante que el hecho de que la mayoría son todos conocidos «raulistas», y desde luego lo son Ramón Machado, primer vicepresidente; Casas Regueiro, ministro de las Fuerzas Armadas desde ayer; Abelardo Colomé, ministro del Interior, y Juan Almeida, vicepresidente y jefe de la asociación de ex combatientes.

Una fuente cubana al corriente de los criterios de ubicación de los dirigentes y sus presuntos criterios sobre cómo proceder creen posible dar como relativamente dañados por los cambios a Carlos Lage, una especie de viceprimer ministro con mucha autoridad en los asuntos cotidianos, y Felipe Pérez Roque, el joven (42 años) ministro de Asuntos Exteriores que debe todo a Fidel Castro, de quien fue muchos años secretario particular y confidente. Desde esta primera interpretación se podría dar como afirmación clave del discurso de Raúl la que mencionó al PC como el único heredero digno (no él, que sería una especie de albacea de la nueva situación), lo que podría ser visto como un primer paso a favor de la preferencia por el traído y llevado modelo chino, inseparable ciertamente de la preservación del partido único como una potencia insoslayable. La decepción expresada universalmente por lo que parece una lección de inmovilismo sin paliativos podría ser matizada, según la fuente. Desaparecida la URSS, que provocó la aparición del oficio del «kremlinólogo», empieza ahora un delicado periodo político en el complejo serrallo del poder político cubano.

Y los «cubanólogos» disponibles, en resumen, proponen que hoy retengamos sólo que los «raulistas» han tomado posiciones y son los ganadores del primer «round». Y a esperar acontecimientos. (E. Vázquez, «El poder no cambia de manos». *Diario de Navarra*, 26/02/2008).

COLUMNA 3: Interpretación de un acontecimiento.

Cuando el Gobierno anunció por boca de la ministra de Defensa la intempestiva retirada de las tropas españolas destacadas en Kosovo, hubo motivos para la preocupación. Pero cuando, apenas unas horas después, el Gobierno comunicó a Estados Unidos que las tropas permanecerán en Kosovo durante un año y que, además, España aumentará su contingente en Afganistán, los motivos de preocupación se convirtieron en alarma. Porque este vaivén de posiciones sobre un asunto de tanta trascendencia como es la presencia de tropas españolas en el exterior revela que ni se sabe quién dirige la diplomacia española ni es posible identificar desde hace años nada parecido a una estrategia.

La manera de anunciar la retirada fue un error porque, como se ha podido comprobar en las declaraciones del secretario general de la OTAN y de los principales aliados, el Gobierno español ahondaba sin motivo en el principal reproche que se le ha dirigido desde la salida unilateral de Irak, y es que ha dejado de ser un socio fiable. Pero la manera de rectificar ha sido, por su parte, una súbita revelación de que, en el fondo, la diplomacia por la que ha optado el Gobierno no es ni buena ni mala, sino que, sencillamente, ignora su oficio. Nada más perjudicial para la proyección exterior de una potencia media con intereses regionales de primer orden, según se definía a España en los manuales, que el hecho de que el secretario de Defensa norteamericano haya tenido que optar entre las dos posiciones manifestadas por el Ejecutivo de Madrid en relación con la presencia en Kosovo, prefiriendo quedarse con la primera y no con la rectificación. Porque, con esta opción, con la necesidad de llevar a cabo esta

opción, el secretario de Defensa Gates está dando a entender, no ya que el Gobierno español ha dejado de ser un socio fiable, sino algo todavía peor, y es que no sabe lo que quiere.

La rectificación, por otra parte, no ha tenido como resultado apagar un fuego, sino provocar un incendio en otro frente. La misión en la que España participa en Kosovo está encomendada a la OTAN, no a Estados Unidos. Resulta, entonces, fuera de toda lógica que, mientras que el anuncio de la retirada se comunica un día al secretario general de la Alianza, la rectificación se dirija al Gobierno de Washington al día siguiente. El resto de los aliados, por no hablar de los principales socios europeos, tienen razones adicionales para desconfiar del papel que pueda desempeñar España en el futuro, incapaz de atenerse a los procedimientos y a los usos de los organismos e instituciones de los que forma parte. Porque esta especial deferencia hacia Estados Unidos no puede ser interpretada, fuera de nuestras fronteras, más que como una prueba de la continuidad de la política de reverencia transatlántica, aunque de distinto signo: bajo los Gobiernos del Partido Popular se practicaba con respecto a Bush y bajo el Gobierno socialista se pretende construir en relación con Obama. Y no sólo en el asunto de Kosovo, sino también en el de Afganistán, donde, al igual que en la antigua provincia serbia, las tropas españolas están bajo el paraguas de la Alianza. Hasta donde se sabe, tampoco se le ha comunicado a ésta la disposición a incrementar el contingente español que se estaba negociando bajo cuerda en Washington.

Son numerosas las ocasiones en las que el presidente del Gobierno ha repetido que España no aumentará el número de efectivos en Afganistán. Gracias al vodevil en torno a la retirada de Kosovo, se ha sabido que se trataba de declaraciones de cara a la galería: si Obama lo solicita, no si lo solicita la Alianza, el Gobierno español se apresará diligentemente a enviar más tropas, intentado convertir en baza bilateral un acuerdo que debe ser multilateral. Sólo que esta disposición, este compromiso dictado una vez más por razones electorales y de imagen, no como resultado de una evaluación rigurosa de lo que le conviene al país, deberá superar un obstáculo inesperado: conseguir la autorización del Congreso de los Diputados ha dejado de ser una cuestión de trámite desde las elecciones en Galicia y el País Vasco. Todo dependerá de que algún grupo de la Cámara dé pruebas de una responsabilidad que el Gobierno no ha demostrado. También de un oficio internacional que se ha ido quedando por el camino, y que hace que la política exterior española no pueda ser juzgada en términos relativos de calidad. Tan sólo, en efecto, en los más elementales de acierto y error. (J. M. Ridaio, «Diplomacia sin oficio». *El País*, 23/03/2009).

COLUMNA 4: Interpretación de un acontecimiento; pero por alguien sin conocimiento especial.

El abrupto anuncio de la salida de las tropas españolas de Kosovo estaba saliendo impecable hasta que alguien recordó que en la Casa Blanca ya no está Bush. No permanece vigen-

te, por tanto, ninguna de las coartadas generadas por la fotografía de las Azores y la agitación de la pancarta en las que se amparó Zetapé para el demagógico escaqueo de buena parte de las cargas aceptadas por una noción de gobierno mundial. Ese que, con vocación de desfaceador de entuertos, acude lo mismo a estabilizar una región volátil que a socorrer a las víctimas de un tsunami, o a sofocar el terrorismo en su misma guarida.

Si algo enseñó el siglo xx, el de Hitler y Stalin, el de los genocidios en Ruanda y Darfur, el de la propia guerra de los Balcanes, es que el desdén por cuanto ocurre más allá de las fronteras propias sólo produce muerte. Y que los países con poder para ello han de superar remilgos y falsos pacifismos para asociarse en la creación de un Leviatán que intervenga antes de que haya que contar calaveras en las fosas comunes. Es cierto que Bush manchó esta aspiración y llenó de argumentos a la patología antiamericana que jamás reconocerá un solo beneficio a la proyección mundial de Estados Unidos, ni siquiera cuando desembarca en Normandía, cuando dedica su inmenso potencial militar a llevar ayuda al Indico arrasado por la ola, o cuando interrumpe en Sarajevo una masacre ante la que fracasaron Europa y la ONU. Bush justificaba las espanías, pero se suponía que Obama iba a ser otra cosa: no un psicópata con espuelas, sino un profeta legitimado para liderar la comunidad mundial con el que, además, a España le urgía reparar relaciones para salir de la intrascendencia actual con que la recordará la Historia al narrar los años cruciales que empezaron con el 11-s y se agravaron con la crisis. España no dispone ahora de excusas morales con las que rebajar el disgusto de un presidente americano, contra el cual no puede ya vivirse y paliar la reputación de potencia arrepentista con la que sólo se puede contar en lo que tarde en darle otra ventolera. O en necesitar otra ocurrencia cosmética para consumo interno. No estamos, y ya no se nos espera. Con gran ayuda de su rodillo mediático y del desprestigio social del pp, a Zetapé le funcionan aquí las insensatas improvisaciones con las que va distraendo al personal y las pequeñas traiciones que le aseguran la supervivencia. Pero esas mismas ocurrencias, en las grandes ligas ni cuelean ni se perdonan. Por ello, Carme Chacón es en España un valor de futuro. Y fuera, el rostro de un gobierno desleal que no merece ni que se le pongan al teléfono. (D. Gistau, «El disgusto de Obama». *El Mundo*, 22/03/2009).

COLUMNA 5: Una historia personal

Ésta es la historia de Dolores, una mujer de 88 años. Estaba en silla de ruedas y merma-da de facultades, pero con salud suficiente como para vivir en una residencia. A finales de diciembre, sin embargo, sufrió una crisis. Perdió la conciencia, tuvo fiebre, dejó de comer. Sus hijos la llevaron a urgencias y fue internada en el novísimo hospital de Puerta de Hierro (Madrid). Allí la han tenido desde entonces, alimentada y medicada a través de una sonda nasogástrica y en un estado de postración absoluto. Irrecuperable, según los médicos.

Hace una semana, la doctora a cargo de Dolores le dio el alta, pese a que la paciente está son-dada, a su grado de deterioro y a la clara evidencia de que una enferma en esas condiciones no puede estar ni en una residencia ni en una casa particular. Los hijos comprendieron que el Puerta de Hierro podía no ser el centro más adecuado para mantener durante cierto tiempo a una enferma así, pero pidieron que fuera derivada a alguno de los hospitales existentes para pacientes geriátricos. Imposible. Se le daba el alta y tenían que irse. Los hijos se negaron, y llevan una semana de *okupas* en la habitación del hospital. Todos los días les recuerdan que tienen el alta, todos los días piden una solución. Viven en un limbo administrativo, temiendo que cualquier tarde les pasen una factura. Son gente instruida y capaz, y por eso han sabido resistir. Pero me pregunto cuántos comatosos de este tipo son devueltos a sus familiares, y cuántas personas sencillas se morirán de angustia al no saber qué hacer con sus enfermos, al sentirse incapaces de cuidarlos. Está bien construir hospitales rutilantes como el Puerta de Hierro (las instalaciones son un lujo y la atención es buena, dicen los hijos de Dolores), pero un verdadero sistema de salud es algo mucho más amplio y más complejo. (R. Montero, «'Okupas'». *El País*, 27/01/2009).

COLUMNA 6: Ficción con el autor como protagonista

Nos encontramos ya cerca de mi casa, cuando el taxista fue avisado por un colega de que había en nuestro camino un control de alcoholemia. Como resultara imposible dar la vuel-ta o escapar por una calle lateral, el conductor me confesó que llevaba dos copas, pues había comido con unos amigos de la infancia a los que hacía años que no veía. ¿Y qué quiere que le haga?, pregunté. Que se ponga al volante, respondió, como si usted fuera el taxista y yo el pasajero. Me pareció una propuesta absurda a la que respondí con una sonrisa de desconcier-to. Mientras sonreía, vi en sus ojos, a través del espejo retrovisor, un movimiento de pánico que produjo también en mí alguna inquietud. En cuestión de segundos me puso al corriente de su situación, responsabilizándome del drama familiar que se le vendría encima si le retiraban la licencia. Aunque intenté defenderme, lo cierto es que al cabo de un momento, dada mi de-bilidad de carácter, estaba al volante del taxi, con el conductor detrás.

Alcanzado el control, un guardia hizo señas de que nos echáramos a un lado. Luego se acercó, me informó acerca de sus propósitos y me pidió que soplara, lo que hice con miedo, pues aunque no había bebido creo que el organismo puede, en situaciones de estrés, producir todas las sustancias existentes. Por fortuna, estaba limpio y me dejaron seguir. Como no era cues-tión de detenerse a unos metros del control para realizar el cambio, y dado que mi domicilio se encontraba muy cerca, continué conduciendo hasta el portal, donde el taxista, tras mirar el contador, sacó un billete, me lo dio, abrió la puerta, salió del coche y se metió en mi casa, todo con una rapidez tal que no fui capaz de reaccionar. Además, apareció enseguida otro

cliente que me pidió que lo llevara a toda mecha al aeropuerto. Qué inestable es la realidad, pensé arrancando. (J. J. Millás, «Inestabilidad». *El País*, 13/03/2009).

COLUMNA 7: Relato de ficción. M. J. Casals aplica a este tipo de relatos el nombre aristotélico de fábula. Y las fábulas –añade– son habituales en Manuel Vicent y en Juan José Millás, el autor de la columna número 6 (M. J. Casals 2003: 70).

Como un chacal a la caída del sol, el chico estaba apostado en una esquina del barrio esperando que pasara la presa. Entonces vio a una mujer de mediana edad que cruzaba la calle, y con la misma acción medida de otras veces él salió disparado desde atrás, se abalanzó sobre ella, le arrebató el bolso y siguió corriendo sin que ninguno de los dos se hubiera mirado a los ojos. Mientras huía, el joven drogadicto fue escarbando el botín, y tres manzanas más allá arrojó el bolso vacío entre dos coches aparcados para quedarse sólo con la cartera. Se sentó jadeando en el banco de un paseo y comenzó a explorarla con los dedos temblorosos. Contaba 3.000 pesetas, cantidad suficiente para la dosis de ese día, pero en medio de las tarjetas de crédito había algunas fotografías, y en una de ellas el joven, lleno de espanto, se descubrió a sí mismo sonriendo en un parque abrazado a su madre. No pudo evitar las lágrimas al leer en el carné de identidad el nombre de la víctima junto a aquel rostro sellado. No obstante, con ese dinero se pinchó. La madre, muy excitada, contó esa noche al llegar a casa que un drogadicto la había asaltado, y su hijo la escuchaba en silencio mirando muy pálido el plato de la sopa. Los padres no habían descubierto aún la jeringuilla dentro de las bambas podridas del chico, pero el marido era uno de esos que habían decidido implantar el orden por su cuenta en la calle a bastonazos. El azar de la ciudad quiso que este hijo atacara a su madre en una esquina, aunque poca después el azar se hizo más terrible todavía. Bajo un cúmulo de linternas rojas, una patrulla de justicieros privados estaba dando una batida con palos para limpiar de drogadictos ese barrio de clase media. De pronto, aquel padre airado se vio arreado garratazos a un muchacho tirado en la acera, y sólo cuando fue iluminado por los furgones de la policía, que llegaron en su auxilio, el hombre se dio cuenta de que estaba apaleando a su propio hijo, el cual sólo gritaba palabras inconexas de perdón sin lograr ser entendido. (M. Vicent, «Parullas». *El País*, 13/10/1991).

Bibliografía

- Abril Vargas, N. (1999): *Periodismo de opinión*. Madrid: Síntesis
 Alonso, I. (2007): «Newspaper Editorials and Comment Articles: a “Cinderella” Genre?», en I. Alonso (coord.): *Different Approaches to Newspaper Opinion Discourse*, *REL-Revista Electrónica de Lingüística aplicada* 1, 1-9 [en línea] <<http://www.aesla.uji.es/rael>>.

- Alonso, I. (coord.) (2007): *Different Approaches to Newspaper Opinion Discourse*, *REL-Revista Electrónica de Lingüística aplicada* 1 [en línea] <<http://www.aesla.uji.es/rael>>.
- Ansary, H. y B. Babaii (2009): «A Cross-Cultural Analysis of English Newspaper Editorials: A Systemic-Functional View of Text for Contrastive Rhetoric Research», *REL Journal* 40/2, 211-249.
- Aristóteles (1971): *Retórica*, edición del texto, con aparato crítico, prólogo y notas por A. Tovar. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Aristóteles (1974): *Poética*, edición, traducción y notas a cargo de V. García Yebra. Madrid: Gredos.
- Armañanzas, E. y J. Díaz Noci (1996): *Periodismo y argumentación*. Géneros de opinión. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Cantavella, J. y J. F. Serrano (coord.) (2007): *Redacción para periodistas: opinión y argumentar*. Madrid: Editorial Universitas.
- Casals, M. J. (2000): «La columna periodística: de esos embusteros días del ego inmarcitable», *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 6, 31-51.
- Casals, M. J. (2003): «Juan José Millás. La realidad como ficción, la ficción como realidad o cómo rebelarse contra los amos de lo real y del lenguaje. Análisis de Juan José Millás, columnista de *El País*», *Estudios sobre el mensaje periodístico* 9, 63-124.
- Casals, M. J. (2004): «La opinión en la prensa: retrato de España en el primer año del siglo XXI», *Estudios sobre el mensaje periodístico* 10, 9-66.
- Dafouz-Milne, E. (2006): «Estudio de los marcadores interpersonales en el comentario periodístico: estrategias para la identificación autor-lector en el texto», *RESLA* 19, 67-82.
- Dafouz-Milne, E. (2008): «The Pragmatic Role of Textual and Interpersonal Metadiscourse Markers in the Construction and Attainment of Persuasion: A Cross-Linguistic Study of Newspaper Discourse», *Journal of Pragmatics* 40, 95-113.
- Dascal, M. (1999): «L'ethos dans l'argumentation: une approche pragmatique rhétorique», en R. Amossy (ed.): *Images de soi dans le discours. La construction de l'ethos*. Lausana: Delachaux et Niestlé, 61-73.
- Forneas Fernández, M.^a C. (2003): «La columna periodística: algunas ideas», *Estudios sobre el mensaje periodístico* 9, 139-158.
- García Álvarez, M. F. (2007): «Las columnas de autor: Retórica y... ¿Diálogo? Caso práctico: la presencia del 'otro' en el columnismo de Rosa Montoro», *Estudios sobre el mensaje periodístico* 13, 399-417.

- Gómez Baccaredo, B. y F. López Pan (en prensa): «Mariano José de Larra», en T. León Gross y B. Gómez Calderón (dirs.) (2009): *Diez articulistas para la historia de la literatura española*. Madrid: Asociación de la Prensa de Madrid y Fragua.
- Gómez Calderón, B. (2004): «De la intelecto a la elocutio: un modelo de análisis retórico para la columna personal», *Revista Latina de Comunicación Social* 57 [en línea] <<http://www.uil.es/publicaciones/latina/20040257gomez.htm>>.
- Gómez Calderón, B. (2005): «Retórica de la columna personal: una propuesta de análisis», *Ínsula, revista de letras y ciencias humanas* 703-704, 15-17.
- González Reyna, S. (1991): *Géneros periodísticos I: Periodismo de opinión y discurso*. México: Trillas.
- González Rodríguez, M.^a J. (2007): «On the Interpretation of Ideology through Comment Articles: Two Views in Opinion Discourse», en I. Alonso (coord.): *Different Approaches to Newspaper Opinion Discourse*, *REL-Revista Electrónica de Lingüística aplicada* 1, 49-68 [en línea] <<http://www.aesla.uji.es/rael>>.
- Grohmann, A. (2006): «El columnismo de escritores españoles (1975-2005): hacia un nuevo género literario», en A. Grohmann. y M. Steenmeijer (eds.): *El columnismo de escritores españoles (1975-2005)*. Madrid: Verbum, 11-43.
- Le, E. (2007): «The Power of the French "on" in Editorials», en I. Alonso (coord.): *Different Approaches to Newspaper Opinion Discourse*, *REL-Revista Electrónica de Lingüística aplicada* 1, 32-48 [en línea] <<http://www.aesla.uji.es/rael>>.
- León Gross, T. (1996): *El artículo de opinión: introducción a la historia y la teoría del artículismo español*. Barcelona: Ariel.
- León Gross, T. (2005): «La columna y lo literario como valor periodístico», *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas* 703-704, 5-8.
- León Gross, T. y B. Gómez Calderón (2008) (coords.): *El artículo literario: Manuel Alcantara*. Málaga: Universidad de Málaga.
- León Gross, T. y B. Gómez Calderón (dirs.) (2009): *Diez articulistas para la historia de la literatura española*. Madrid: Asociación de la Prensa de Madrid y Fragua.
- López Hidalgo, A. (1996): *Las columnas del periódico*. Madrid: Ediciones Libertarias/Prodhufi.
- López Pan, F. (1995): «La columna como género periodístico», en *70 columnistas de la prensa española*. Pamplona: Eunsa, 11-32.

- López Pan, F. (1996): *La columna periodística. Teoría y práctica. El caso de Hilo directo*. Pamplona: Eunsa.
- López Pan, F. (2005): «El ethos retórico, un rasgo común a todas las modalidades del género columna», *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas* 703-704, 12-15.
- López Pan, F. (2008): «La columna como paradigma de los géneros periodísticos de autor», en T. León Gross y B. Gómez Calderón (coords.): *El artículo literario: Manuel Alcantara*. Málaga: Universidad de Málaga, 55-68.
- Mancera Rueda, A. (2009): «Oralización' de la prensa española: la columna periodística. Bena: European University Studies.
- Marín Arrese, J. I. (2007): «Commitment and Subjectivity in the Discourse of Opinion Columns and Leading Articles: A Corpus Study», en I. Alonso (coord.): *Different Approaches to Newspaper Opinion Discourse*, *REL-Revista Electrónica de Lingüística aplicada* 1, 82-98 [en línea] <<http://www.aesla.uji.es/rael>>.
- Marín Arrese, J. I. y B. Núñez Perucha (2006): «Evaluation and Engagement in Journalistic Commentary and News Reportage», *Revista Alicantina de Estudios Ingleses* 19, 225-248.
- Martín García, M. (2004): «La travesía de Antonio Muñoz Molina en *El País*. Análisis de Antonio Muñoz Molina en sus artículos de prensa», *Estudios sobre el mensaje periodístico* 10, 279-296.
- Martín Nogales, J. L. (1998): «Prólogo», en A. Pérez-Reverte: *Patente de corso*. Madrid: Alfaguara, 17-20.
- Martín Prieto, J. L. (1997): «La soledad del columnista», *El Mundo*, 02/01/1997.
- Martínez Albertos, J. L. (1982): *Curso general de redacción periodística. Lenguaje, estilo y géneros periodísticos en prensa, radio, televisión y cine*. Madrid: Paraninfo.
- Martínez Albertos, J. L. (1991): «Nuevos periodistas españoles. Análisis de sus formas expresivas» en C. Barrera y M. A. Jimeno (eds.): *La información como relato: actas de las V Jornadas Internacionales de Ciencias de la Información*. Pamplona: Universidad de Navarra, 169-194.
- Martínez Albertos, J. L. (1992): *Curso general de redacción periodística. Lenguaje, estilo y géneros periodísticos en prensa, radio, televisión y cine*. Madrid: Paraninfo.
- Morán Torres, E. (1988): *Géneros del periodismo de opinión. Crítica, comentario, columna, editorial*. Pamplona: Eunsa.
- Muñoz Molina, A. (2002): *La vida por delante*. Madrid: Alfaguara.

- Núñez Ladevéze, L. (1995): *Introducción al periodismo escrito*. Barcelona: Ariel.
- Roksvold, T. (2006): «Analysing Inference and Ethos-Implicature in Particular», *Nordicom Review* 2, 185-204.
- Sánchez Gómez, F. y E. Armañanzas (2009): «Carmen Rigalt, columnista de *El mundo*», *Toros Digital* 17, 1-57.
- Sanmartí, J. M.^a (2007): «La columna, el género más personal», en J. Cantavella y J. F. Serrano: *Redacción para periodistas: argumentar y opinar*. Madrid: Universitat, 193-216.
- Santamaría, L. (1990): *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*. Madrid: Paraninfo.
- Santamaría, L. y M. J. Casals (2000): *La opinión periodística: argumentos y géneros para la persuasión*. Madrid: Fragua.
- Seoane, M. C. (2005): «Para una historia de la columna literaria», *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas* 703-704, 8-11.
- Seoane, M. C. (2008): «Columnistas que aún no se llamaban así», en T. León Gross y B. Gómez Calderón (coords.): *El artículo literario: Manuel Al-cántara*. Málaga: Universidad de Málaga, 23-36.
- Van Dijk, T. A. (1996): «Opinions and Ideologies in Editorials», Paper for the 4th International Symposium of Critical Discourse Analysis, Language, Social Life and Critical Thought, Athens, 14-16 December, 1995.
- VVAA: *Sincolumna.com. La web de los periodistas sin columna* [en línea] <<http://www.sincolumna.com>>.

Estudios zur romanischen Sprachwissenschaft und interkulturellen Kommunikation

Herausgegeben von Gerd Wotjak

- Band 1 Gerd Wotjak (ed.): *Teoría del campo y semántica léxica. Théorie des champs et sémantique lexicale*. 1998.
- Band 2 Eva Martha Eckkrammer / Hildegund Maria Eder: (Cyber)Diskurs zwischen Konvention und Revolution. Eine multilinguale textlinguistische Analyse von Gebrauchstextsorten im realen und virtuellen Raum. 2000.
- Band 3 Monika Gräfe: Untersuchungen zur Konstituentenabfolge spanischer Adverbiale auf Satz- und Textebene mit EDV-gestützter quantitativer Analyse. 2000.
- Band 4 Juan Pablo Larreta Zulaetgui: Fraseología contrastiva del alemán y el español. Teoría y práctica a partir de un corpus bilingüe de somatismos. 2001.
- Band 5 Catalina Jiménez Hurtado: *Léxico y Pragmática*. 2001.
- Band 6 Félix Jiménez Ramírez: *El español en la Suiza alemana. Estudio de las características lingüísticas e identitarias del español de la segunda generación en una situación de contacto de lenguas*. 2001.
- Band 7 Gerd Wotjak (Hrsg.): *Studien zum romanisch-deutschen und innerromanischen Sprachvergleich. Akten der IV. Internationalen Tagung zum romanisch-deutschen und innerromanischen Sprachvergleich* (Leipzig, 7.10.-9.10.1999). 2001.
- Band 8 *Romanische Sprachen in Amerika. Festschrift für Hans-Dieter Paulfer zum 65. Geburtstag*. Herausgegeben von Kerstin Störi und Johannes Klare. 2002.
- Band 9 José-Antonio Calañas Contente: *El dominio léxico Existencia en alemán. Diccionario lexemático-funcional alemán-español del lexicon verbal básico*. 2002.
- Band 10 Gabriele Bliakner-Hohenwart (Hrsg.): *Portugiesisch, Papiamentu et al. Salzburger Beiträge zu Prozessen und Produkten der Translation in der Romania*. 2003.
- Band 11 Juan Cuartero Otal: *Cosas que se hacen. Esquemas sintáctico-semánticos agentivos del español*. 2003.
- Band 12 Michael Schreiber: *Vergleichende Studien zur romanischen und deutschen Grammatikographie*. 2004.
- Band 13 Carmen Mellado Blanco: *Fraseologismos somáticos del alemán. Un estudio léxico-semántico*. 2004.
- Band 14 Henk Vanhoe: *Aspectos de la sintaxis de los verbos psicológicos en español. Un análisis léxico funcional*. 2004.
- Band 15 Susana Azpiazu: *Las estrategias de nominalización. Estudio contrastivo del estilo nominal*. 2004.
- Band 16 Meike Meiß: *Recursos lingüísticos alemanes relativos a "GERÄUSCH" y sus posibles correspondencias en español. Un estudio lexicológico modular-integrativo*. 2005.
- Band 17 Marcial Moreira: *La Complementación Morfológica en Español. Ensayo de Interpretación Semántica*. 2005.
- Band 18 Alberto Bustos Plaza: *Combinaciones verbonominales y lexicalización*. 2005.
- Band 19 Jean Peeters (ed.): *On the Relationships between Translation Theory and Translation Practice*. 2005.
- Band 20 María José Domínguez Vázquez: *Die Präpositivergänzung im Deutschen und im Spanischen. Zur Semantik der Präpositionen*. 2005.
- Band 21 Thomas J. C. Hüsgen: *Vom getreuen Boten zum nachdichtenden Autor. Übersetzungskritische Analyse von Fernando Pessoa's Livro do Desassossego in deutscher Sprache*. 2005.